



Benito Salazar Orellana (1892-1984)

Nació y vivió, hasta los 17 años, en fundos de la provincia de Colchagua, donde trabajó como peón-gañán. Era hijo de inquilinos. Emigró a Santiago con su familia en 1909, donde trabajó durante seis años como sirviente doméstico. Habiendo aprendido a manejar automóviles, se convirtió en chauffeur particular. Más tarde instaló un taller mecánico en el que trabajó hasta su muerte. Se casó con Laura Vergara, con la que tuvo nueve hijos. Habiendo enviudado en 1957, comenzó a escribir las memorias que aquí se publican. Hay que hacer notar que Benito jamás fue a la escuela: fue autodidacta en todo lo que hizo, supo y emprendió.

Gabriel Salazar (Santiago, 1936).

Estudió Historia, Filosofía y Sociología en la Universidad de Chile. Entre 1977 y 1984 realizó un doctorado en Historia Social v Económica en la Universidad de Hull, en el Reino Unido. Desde 1985 se ha desempeñado como investigador y profesor en distintas instituciones académicas y universidades chilenas. En la actualidad es director de la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad ARCIS. Igualmente se desempeña como profesor en el Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile. Es autor, co-autor y editor de numerosas publicaciones. Entre sus libros se destacan: Labradores, Peones y Proletarios (1985), Violencia Política Popular en las Grandes Alamedas (1990), Los Intelectuales, los Pobres y el Poder (1995), Autonomía, Espacio y Gestión (1998) y Ser niño "huacho" en la historia de Chile (2007). El año 2006 recibió el Premio Nacional de Historia.



944180

9M/136.14

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

Salazar Orellana, Benito

Memorias de un peón gañan: (1892-1984) [texto impreso] / Benito Salazar Orellana; Gabriel Salazar V. (editor).

– 1ª ed. – Santiago: LOM Ediciones, 2008.

278 p.; 14x21 cm.– (Colección Memorias)

I.S.B.N.: 978-956-00-0002-6

1. Biografías I. Título. II. Serie. III. Salazar V., Gabriel (editor).

Dewey: 923 .- cdd 21 Cutter: S161m

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

© LOM Ediciones Primera edición, 2008 I.S.B.N.: 978-956-00-0002-6

Diseño, Composición y Diagramación: Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago Fono: 6885273 Fax: 6966388

Impreso en los Talleres de LOM Miguel de Atero 2888, Quinta Normal Fono: 716 9684 – 716 9695 / Fax: 716 8304 web: www.lom.cl e-mail: lom@lom.cl

Impreso en Santiago de Chile.

Benito Salazar Orellana

Memorias de un peón-gañán (1892-1984)

Gabriel Salazar V. (editor)



a) Postfacio del editor

El autor de las memorias que aquí se editan, Benito Salazar Orellana (1892-1984), fue el hijo menor de Pedro, inquilino del fundo Las Pataguas (provincia de Colchagua), y de Griselda, dueña de casa. Nació y se formó, por tanto, en el corazón del orden latifundista y patriarcal que dominó en las áreas rurales del Valle Central, orden que, a fines del siglo XIX, se hallaba en la fase preliminar de su crisis social y económica.

De acuerdo al relato que se transcribe, en los fundos donde vivió y trabajó la familia de Benito no existió un sistema de explotación burda y brutal de los inquilinos, pero tampoco existió la "comunidad agraria" ideal (o gran familia patriarcal) que algunos autores han creído ver en las haciendas chilenas de ese tiempo⁶. Del mismo modo, la familia de Benito no aparece adoptando esa actitud "ascética" (afán de trabajar dura y esforzadamente, de controlar los instintos básicos y luchar por ascender en la jerarquía patronal) que otros autores han atribuido a la figura del inquilino, en oposición a la figura "hedonista" del peón afuerino⁷. Lo que sí se anota claramente en el texto es que los salarios que pagaban los patrones de esos fundos al inquilino formal (Pedro) y a sus tres hijos varones (que trabajaban allí como peones) eran demasiado exiguos como para garantizarles la adecuada satisfacción de sus necesidades y

Es la opinión, entre otros, del historiador Alfredo Jocelyn-Holt.

Es la tipología campesina propuesta por el antropólogo José Bengoa.

aspiraciones. Fue eso, en el fondo, lo que indujo a los dos hijos mayores de Pedro (Ramón y Carmelo) a abandonar apenas les fue posible el fundo en que vivían, para buscar mejor suerte en otra parte. Nada les aseguraba allí un futuro promisorio que no fuera el de peón-gañán. Y fue eso mismo lo que llevó al hijo menor, Benito, poco tiempo después, a tomar la misma decisión y a convencer a sus padres para que toda la familia emigrara a Santiago.

Los nueve miembros de la familia de Pedro Salazar emigraron, pues, en 1909 a la capital, donde, por su tipo de calificación laboral, quedaron todos enrolados en la condición oficial de "peones-gañanes", según consta en sus respectivas cédulas de identidad. Por eso, sus posibilidades de empleo, en esa época, se redujeron al servicio doméstico, a la jardinería en plazas públicas, a la costura a domicilio, al transporte urbano (cocheros de carruajes tirados por caballos), al comercio de comestibles y, eventualmente, a los emergentes oficios vinculados al transporte automovilístico que por entonces se estaba introduciendo en Chile (choferes, mecánicos, vendedores de repuestos). El hijo mayor, Ramón, no logró consolidar una apropiada posición laboral; vivió siempre en la condición solitaria y vagamunda de un gañán típico, terminando sus días, tristemente, en un hospital de Los Andes8. El segundo, Carmelo, se consolidó en el transporte público, primero como cochero de carruajes privados y luego (tras ser capacitado por su hermano menor) como chauffer de autos de alquiler. Una de las hermanas, Matilde, trabajó como sirviente doméstica por varios años, mientras otra de ellas -Jesús- lo hacía como costurera en la tienda Gath & Chaves; en tanto las restantes se casaron pronto con hombres de más o menos su misma condición social. En cuanto a Benito, después de trabajar seis años como peón urbano y sirviente doméstico (fue en esta última calidad que conoció a Laura Vergara Ugarte, la mujer a la que amó toda su vida), aprendió por sí mismo a manejar los autos de su patrón, luego la mecánica de los mismos, para terminar montando y gestionando una micro-empresa constituida por un taller mecánico y una flotilla de autos de alquiler. Carmelo y Benito se ayudaron mutuamente y se asociaron para hacer algunos negocios, siendo los únicos hijos que albergaron y ayudaron a sus padres hasta la muerte de éstos.

La historia de Ramón está expuesta en uno de los "versos" que Benito escribió. Ver, en este libro, el Apéndice B, N° 18.

Cabe señalar que ninguno de los Salazar, ni padres ni hijos, había ido a la escuela. Varios de ellos aprendieron a leer y escribir inducidos por Griselda, la madre, quien había aprendido por sí misma. Sin embargo, Carmelo y Benito -que se alfabetizaron de ese modo- se convirtieron con el tiempo en asiduos lectores de periódicos (y más tarde en cotidianos auditores de los noticieros de la radio), que compraban diariamente. Por su parte, Benito cultivó perseverantemente la escritura desde muy joven. Y desde 1918 (de modo improvisado) y desde 1924 (de modo formal, ante Impuestos Internos), anotó en grandes cuadernos (con una página para los "haberes" y otra para el "debe"), diariamente, los ingresos que le generaban sus automóviles y su taller mecánico y los gastos que le imponía su extendida familia, hábito que, con algunas intermitencias, mantuvo hasta 1977, teniendo para entonces 85 años de edadº. Y al entrar a su tercera edad, a los hábitos contables sumó la práctica de escribir y reescribir toda clase de textos (desde la copia de artículos de periódicos y revistas hasta versos y poesías de su propia inspiración, pasando por la anotación de chistes, decires y máximas del campo, para rematar en sus composiciones mayores: su autobiografía, sus memorias, etc). Por su parte, Carmelo aprovechó todo lo que aprendía en los diarios y noticieros para potenciar su gran propensión a socializar y conversar con todo el mundo, hábito que le condujo a formar una amplia red de amigos y conocidos (incluyendo políticos de renombre), con todo lo cual configuró una sorprendente cultura política. Era un hombre ameno y entretenido. Sus simpatías se inclinaron siempre hacia la Izquierda y el Partido Comunista, aunque nunca militó en ningún partido. Benito, en cambio, que practicó una acrisolada fe católica -iba a misa todos los días y leía El Diario Ilustrado todas las mañanas- y no era amigo de la sociabilidad callejera, tuvo siempre una abierta simpatía por el adusto Partido Conservador. Sin embargo, nunca discutieron de política entre ellos. Sobrepusieron siempre su "hermanabilidad" –como la llamó Benito- por sobre cualquier diferencia que pudiera separarlos.

Claramente, la familia de Pedro y Griselda logró integrarse en la vida de ciudad en un rango popular intermedio (ninguno de sus hijos cayó en los "bajos fondos" ni vivió en piezas de conventillo). Todos, de un modo u otro, arrendaron primero y compraron después casas pequeñas ("casitas", las llamaban) de dos o tres dormitorios en los barrios aledaños

Las cifras anuales de su presupuesto familiar han sido tabuladas y sistematizadas para esta edición. Ver los Cuadros Estadísticos del Apéndice D y los comentarios respectivos.

al centro de Santiago (calles San Martín, Eyzaguirre, Aldunate, Esperanza, Cueto, Libertad, Girardi, Carrascal, Vivaceta). El relativo éxito de su inserción urbana se debió, en parte, a sus hábitos -ya adquiridos- de laboriosidad; en parte a su relativamente poca afición al alcohol y las "juergas" (solo Ramón y dos de los cuñados revelaron una inclinación definida en tal sentido) y en parte también, al menos en el caso de Benito, a la rigurosa conducta moral que se aplicó a sí mismo por su fe religiosa (fue el único Salazar Orellana católico observante, dado que ni sus padres ni sus hermanos demostraron tener prácticas regulares en tal sentido). Se vieron favorecidos, además, por el hecho de que, antes del período crítico 1929-1943, la clase media emergente de Santiago, formada sobre todo por "profesionales libres" (médicos, abogados, ingenieros), rentistas urbanos y empleados de comercio, tendió a construir, en los nuevos barrios residenciales (Portales, Almirante Barroso, Cienfuegos, Macul, Mosqueto, Vicuña Mackenna, Providencia, etc.), casonas de tamaño intermedio menores que los palacios décimononicos de la alta oligarquía, y a contratar un servicio doméstico compuesto de 3 ó 4 sirvientes (cocheros, coperos, cocineras, mucamas, niñas de compañía, etc.) para cada familia, mientras el desarrollo del comercio urbano de importación (proliferación de shops y stores extranjeros, como Gath & Chaves; Casa Francesa; Williamson, Balfour & Co.; Duncan, Fox & Co., etc.) no solo multiplicaba la afluencia de compradores hacia el centro de la capital, sino también de costureras, vendedores y conductores del transporte público. De este modo, los Salazar Orellana pudieron transitar, desde su condición inicial de "peones-gañanes" inscritos en el servicio doméstico urbano, a la de "proletarios a salario" en establecimientos productivos y comerciales (en esta condición se halló también la mayoría de sus hijos; o sea, los Salazar de tercera generación) como también hacia el microempresariado del transporte (casos de Carmelo y Benito Salazar Orellana, vinculados a los autos de arriendo, y de Jovino Fernández, esposo de Petronila Salazar Orellana, dedicado al transporte de cervezas).

Solo una rama lateral, la de los Ramírez-Salazar, permaneció en el campo, donde el jefe de la familia, "don" Segundo, prosperó ("ascéticamente") desde su condición inicial de inquilino a la de mayordomo de fundo. Sin embargo, este ascenso no impidió que sus tres hijos hombres, apenas concluida su adolescencia, emigraran a Santiago, ni que sus cuatro hijas mujeres, a la muerte de su padre, emigraran también. Claramente, en el caso de los Salazar, cuando el padre se dejaba tentar por el ascetismo que lo "asociaba" a su patrón, esa opción no era

compartida por sus hijos. El latifundio no logró nunca encandilar –al menos en el caso que aquí se describe– a la juventud peonal. En todo caso, ninguno de los troncos de familia (los hijos de Pedro y Griselda) demostró, en su lenguaje cotidiano, ni tener apatronamiento servil ni resentimiento social, excepto Carmelo, que criticó a la clase patronal en un lenguaje político más bien que personal. En Benito la crítica social, pese a su conservadurismo, estaba siempre latente y aparecía a menudo de modo implícito y epigramático. Cuando, por ejemplo, veía en *El Diario Ilustrado* las fotografías de personajes de clase alta reunidos en los salones del Hotel Crillon o en los del Hotel Carrera, comentaba siempre, en tono rutinario y sentencioso: "¡Los ricos gozando de su riqueza!". Ante lo cual su esposa Laura, desde la cocina, le respondía sentenciosamente, como un eco: "¡Y los pobres de su pobreza!".

En Santiago, los negocios automovilísticos que emprendieron Benito y Carmelo les permitieron, durante una década, tener ingresos suficientes no solo para sobrevivir, sino también para un relativo buen pasar y para iniciar algunas inversiones "reproductivas". Sin embargo, su sentido asociativo en los negocios fue acompañado -y debilitado- por una fuerte solidaridad con la familia extendida, razón por la que en casa de Benito vivió generalmente un tercio o más de la familia total. Así, en la casa que aquél arrendó en la calle Eyzaguirre vivieron juntas tres parejas y otros allegados que, con los niños, sumaban quince personas. Más tarde, en la casa que compró Benito en la calle Los Ángeles, vivió su familia propia (que sumaban nueve) más otros seis (sus dos padres, dos sobrinas, un hermano y un cuñado). En general, los Salazar Orellana engendraron pocos hijos (uno, Petronila; dos, Carmelo; tres, Jesús; cuatro, Matilde), excepto Benito, que engendró nueve (dos de los cuales murieron en su primera infancia). El gasto familiar, por tanto, sumado al comunitario (v disminuido después de 1932 por la fuerte inflación), anuló en gran parte la posibilidad de maximizar la acumulación de excedentes y mejorar de modo neto las condiciones materiales de vida, específicamente en el caso de Benito. Carmelo, en cambio, que solo tuvo dos hijos y cuya red social era más amplia, pudo darle a su familia un mayor confort material. Lo mismo ocurrió con la familia Fernández Salazar (de Petronila), cuyo único hijo, alcohólico, murió antes de cumplir 30 años.

Carmelo y Benito –como se observa en las memorias de éste– vivieron toda su vida ayudándose mutuamente. Ambos formaron matrimonios sólidos, respetables y duraderos. En este sentido, la figura de Laura Vergara –esposa de Benito– contribuyó de modo notable a llenar

esa hermandad con una atmósfera de amabilidad y decencia que fue reconocida por todos, dentro y fuera de la familia. Laura provenía de una familia rural, constituida por Jesús Vergara (chacarero de Puente Alto que vendía sus productos en la Vega Central), su esposa Juana (tuvo un comercio de comestibles cerca de la misma) y cinco hijos (cuatro hombres que trabajaron como gañanes en la Vega, y una mujer: Laura). El padre, Jesús, murió relativamente joven, privando a Laura de continuar sus estudios y obligándola a emplearse como sirviente doméstica, primero en un convento y después en casas particulares. Laura, lo mismo que Benito, era católica observante, aunque más orientada a realizar acciones de caridad y solidaridad hacia los más necesitados que a la oración, en contraste con su esposo, que practicaba lo inverso. Su matrimonio se consolidó en parte por su común catolicismo, y en parte por el profundo respeto que se tuvieron entre sí (se trataron siempre de "usted", al tiempo que se dejaron recíprocamente suficiente libertad como para que cada cual desarrollara su respectivo espacio social). Fundaron la familia más numerosa de los que, en tercera generación, llevaban el apellido Salazar.

A partir de 1929 y hasta, aproximadamente, 1944, sobrevinieron serias dificultades para el taller de Benito, debido a la crisis económica y al impacto que ésa tuvo en la importación, suministros y reparación de automóviles. Como se examina en los datos y el texto incluidos en el Apéndice D de esta edición, la escasez de bencina y la depresión general de las actividades disminuyeron drásticamente sus ingresos, justo cuando iniciaba la compra de su casa en la calle Los Ángeles 2810 (Población Manuel Montt), nacían su séptimo, octavo y noveno hijos; mantenía a sus padres, a su hermano mayor (Ramón), a unas sobrinas, y cuando sus hijos mayores se aprestaban a iniciar la educación media. El impacto de la crisis, fue sin duda violento, tanto, que sus cuatro hijos mayores (Benito, Elena, Aída y Fernando) debieron interrumpir sus estudios y comenzar a trabajar para apoyar la subsistencia de tan extensa familia, o para independizarse ellos mismos. Debió vender también su último automóvil (un Ford 1929) y disminuir el gasto diario en alimentos, ropa, transporte y estudios. Fue, sin duda, un período de escasez, hambre, tensión y pobreza. Algunos clientes de Benito (como Gonzalo Edwards) comenzaron a ayudar con ropa y alimentos a la familia. La frustración educacional y vocacional de los hermanos mayores se tradujo, al interior de la familia, en una serie de situaciones conflictivas (como la alcoholización de los dos hermanos mayores) que afectaron profundamente la salud emocional y física de Laura y la armonía habitual de su hogar.

Solo después de 1945 la situación tuvo cierta mejoría; en parte, por la mayor afluencia de automóviles al garage de Benito, y en parte por los aportes en dinero que realizaban los hermanos mayores que trabajaban. Sin embargo, el casamiento y la emigración de esos hijos volvieron a traer las cosas a un punto crítico. En todo caso, la mejoría relativa de la situación permitió que los tres hijos menores (Juana, Ester y Gabriel) pudieran, aunque con apreturas, realizar estudios superiores a los básicos. Fue Juana la que rompió el bloqueo que había frenado la educación no solo de los Salazar Vergara, sino de todos los Salazar de tercera generación que vivían en Santiago (esto es: también los hijos de Ramón, Carmelo, Matilde, Jesús y Petronila), razón por la que, cuando Juana recibió su título profesional en 1948, siendo la primera en hacerlo, se realizó una jubilosa fiesta familiar en casa de Carmelo. Después de Juana, Ester (en 1958) y Gabriel (1963) lograron también obtener títulos profesionales (solo que, esta vez, no hubo jubileo familiar, debido al fallecimiento de Laura en 1950, Fernando en 1954 y Carmelo en 1962). Frente a la graduación de Ester y Gabriel, Benito se limitó a decir: "Con su deber no más cumplen".

La muerte de Laura, en 1950, afectó profundamente a Benito, a sus hijos y a los Salazar en general. Seguidamente, la muerte casi simultánea de Carmelo y su esposa, el casamiento de Elena, del hijo mayor ("Pepe") y de Juana, despoblaron abruptamente la casa de Los Ángeles, empobreciéndola de nuevo y aislando la vida de Benito padre. La muerte de Fernando, el casamiento de Gabriel en 1958 y la radicación de Ester en Casablanca desde 1962 dejaron la casa de Los Ángeles, definitivamente, habitada solo por Benito, su hija Aída y el hijo de ésta. La drástica transformación técnica del automovilismo disminuyó progresivamente también, después de 1965, el trabajo de Benito, que comenzó a disponer de mucho tiempo libre y mucha soledad. Fue entonces cuando, para mantener su mente y su tiempo activos, comenzó a escribir de modo regular y sistemático. Tenía 58 años cuando murió Laura y fue poco después cuando comenzó a escribir la vida de ella. Cuando la terminó, siguió después con la propia y, finalmente, redactó la de Carmelo. Y tenía poco más de 70 cuando terminó las que podrían llamarse sus "obras mayores". Por eso, después de 1970 se concentró en escribir "versos" (como él los tituló), copiar chistes y transcribir todos los "Correos del Domingo" del presbítero Eduardo Lecourt (publicados en El Diario Ilustrado), junto con otros textos de carácter moral o religioso. Era laborioso y muy disciplinado para escribir. Aplicó a la escritura los mismos métodos que empleaba para resolver los problemas en su taller mecánico. Primero redactaba sus textos en borrador, con lápiz de mina Faber Nº 2, a cuyo efecto ocupaba todas las hojas de papel inservible que hallaba por ahí, las que, para darles una apropiada forma de cuadernillo, las cosía en su gran máquina Singer, la misma que usaba para coser capotas y tapices de automóvil. Sus borradores los revisaba una y otra vez, escribiendo entre líneas y por los cuatro costados. Cuando quedaba satisfecho, los pasaba en limpio, usando al principio pluma, tintero y secante y, más tarde, una "pluma fuente" que le regaló su hija, lo que hacía sobre gruesos cuadernos de composición de 200 hojas. A estos cuadernos les ponía un forro de cuero que él mismo cosía. Luego los copiaba en otro cuaderno, de modo que de cada una de sus obras mayores dejó dos ejemplares "en limpio". El único lector y crítico de sus obras fue él mismo y luego, de tiempo en tiempo, su hijo menor, que comentaba con él los escritos y le ayudaba (sin mucho éxito) con la ortografía.

Esta actividad escritural (él se autodenominó "escribano", no escritor), que fue casi cotidiana desde 1965, tendió a mermar hacia 1979, cuando ya tenía 87 años. Sobre todo, por sus achaques (anotó por esa época, en borrador primero y, por supuesto, en limpio después, el inventario de todos los achaques que lo aquejaban, los que sumaron once), que le impedían ver con claridad y concentrarse en sus tareas¹º. Pese a todo, mantuvo correspondencia bastante regular con su hija Juana –que vivió primero en Viña del Mar y después en Casablanca– y con su hijo Gabriel, cuando éste estaba en Inglaterra. A este último solía escribirle en verso, lo que obligaba a responderle en el mismo estilo. Su última carta (en prosa) está fechada en 1979 y es la única que se ha podido conservar (se incluye en esta edición). Después que la envió, continuó todavía hasta 1982 –tenía ya 90 años– escribiendo un escueto, factual, pero emocionante diario de su vida cotidiana, donde dejó registro de sus días y noches de soledad, debilidad y de vejez, lo mismo que de la muerte de

[&]quot;Mis achaques: 1.– Chirrido de un oído; 2.– Mareo de cabeza; 3.– Tardío de oídos; 4.– Corto de vista; 5.– Mis dos hernias; 6.– Dolores a la cintura y piernas; 7.– No puedo andar por dolores; 8.– Decadencia general por mi edad; 9.– Gases estomacales día y noche; 10.– Helamiento general de todo el cuerpo; 11.– Tengo que usar estufa mañana y tarde porque el helamiento me aumenta los dolores. Artritis son estos dolores que yo tengo". Hizo este inventario a los 87 años de edad.

su hijo mayor, Benito, y la de uno de sus sobrinos más queridos (Antonio Escobar Salazar, hijo de Matilde)¹¹.

Todos sus escritos (excepto la mayoría de sus cartas) se conservan.

Murió en el Hospital San José, producto de la estrangulación de sus hernias inguinales, el 15 de agosto de 1984, a los 93 años de edad.

Los hijos de Laura y Benito tuvieron trayectorias dispares, producto de su educación desigual, provocada, principalmente, por el período crítico 1929-1944. Los cuatro mayores debieron construir sus vidas a partir de una condición laboral proletaria, en la que, de un modo u otro, pese a que fueron siempre bien calificados por sus jefes, se sintieron incómodos y, a menudo, a disgusto.

Benito José, el mayor (1916-1982), solo estudió hasta Sexto Básico. A los 16 años tuvo que comenzar trabajar, primero en el taller de su padre, luego como junior y repartidor en la Botica Petrizzio, enseguida en el Laboratorio Collier's y más tarde en la Fábrica de Zapatos Sabaté. Se las arregló para aprender, solo, a manejar tornos, llegando a convertirse en maestro tornero y matricero en el taller de Chávez Hermanos, de la calle Baquedano. A la muerte de su hermano Fernando, en 1954, entró a trabajar como obrero mecánico en la Compañía de Teléfonos, en la que continuó hasta su muerte. Fue en su juventud un notable deportista (ciclista, basquetbolista, futbolista) y también un gran bailarín. En compañía de su primo Gustavo Fernández Salazar iniciaron una vida de fiestas, bailes y juergas que lo convirtieron en un bebedor fuerte y en un ebrio de fin de semana. Dotado de una gran inteligencia mecánica, sus patrones le perdonaron siempre las ausencias de los días lunes, llegando incluso hasta su casa a rogarle que volviera al trabajo el día martes o miércoles. Vivía con una gran pena interior. Se casó con Lucía Morales, una esforzada trabajadora de industria textil que le dio ocho hijos, pero su pena interior lo inducía una y otra vez a seguir bebiendo. Se le halló más de una vez sentado en la vereda, en plena calle 4 Norte, ebrio y llorando. Sus continuas borracheras provocaron la angustia de su madre y las iras de su padre. Producto de su alcoholismo, sufrió de delirium tremens, por lo que debió internársele en el Hospital Psiquiátrico. Se hizo un tratamiento anti-alcohólico en el que perseveró hasta dejar, definitivamente, de beber. Nunca perdió el empleo. Pudo comprar una casa en el barrio

[&]quot;29 de julio de 1981, a las 5 y media de la tarde murió mi hijo Benito José, de edad 64 años"... "El domingo 23 de agosto murió Pedro Antonio Escobar Salazar, a la edad de 80 años, en la casa de su hermana Luisa" (Son las últimas anotaciones en el último cuaderno de su diario de vida).

Elena del Carmen, nacida en 1917, estudió hasta Quinto Básico. Fue entonces cuando los médicos la desahuciaron por una enfermedad pulmonar. No pudo seguir estudiando. Sin embargo, mejoró, y a los 18 años (en 1935) debió salir a trabajar, haciéndolo en la Farmacia Petrizzio, luego en el Laboratorio Collier's, y más tarde en una sombrerería del centro. Allí trabajó por varios años, lo que le permitió ayudar a los gastos de la casa e incluso vestir a su hermano menor. Experimentó una doble frustración: educacional, porque no pudo seguir estudiando, y amorosa, porque su padre no la dejó casarse con el joven al que amaba (a pretexto de que éste no tenía a la sazón una situación sólida). Poco después se casó con Pedro Humberto Carrizo, un vecino viudo que trabajaba como taxista y que más tarde llegaría a ser empleado del Ministerio de Obras Públicas. Desde entonces se convirtió en dueña de casa. Pedro Humberto compró casa en Renca y allí tuvieron seis hijos. Pese al empleo permanente de su esposo, Elena conoció escasez y miserias, lo que afectó también la educación de sus hijos. De carácter tranquilo e introvertido, resistió estoicamente los avatares del matrimonio y vive todavía, a sus 91 años, viuda, rodeada de hijos y nietos, con muchos achaques, pero -como siempre- sin quejarse de nada.

Aída Rosa (1920-1989) completó sus estudios básicos y continuó luego en la Escuela Técnica Femenina Nº 2, donde estudió modas. Faltando medio año para recibirse de Profesora de Corte y Confección, su padre la obligó (1940, inicios de la Segunda Guerra Mundial, gran escasez de bencina) a dejar los estudios para salir a trabajar. Lo hizo, durante varios años, como operaria de casas de moda en el centro de la capital (especialmente, en la Casa Massuh), pero luego de tener a su hijo Fernando Javier optó por montar un taller de costura en la casa de sus padres, donde trabajó por muchos años para una clientela privada. De gran inteligencia, se sintió siempre a disgusto con el trabajo que hacía. Ella quería estudiar Artes, y no pudo. Odiaba la máquina de coser y todo lo que eso significaba. Tanto más, cuanto que, al quedar embarazada y al no reconocer el padre al hijo que esperaba, tuvo que enfrentar la ira de Benito (que la obligó a pedirle perdón por mancillar el honor de la familia) y quedarse junto a él para cuidarlo mientras viviera. El hijo de Aída nació en 1948 y su madre (Laura) murió en 1950, de modo que ella debió convertirse a los 30 años en la dueña de casa de Los Ángeles, incluso hasta después de la muerte de Benito. Rápida de mente y locuaz conversadora –con las personas que ella quería – fue el centro en torno al cual giró la vida familiar de sus hermanos después de la muerte de Laura. Directa, franca, sin tapujos en la lengua, supo unir un agudo sentido crítico a una solidaridad fraternal a toda prueba. Su muerte, producto de un cáncer a los huesos, acaecida en 1989, dejó un vacío abismal en la familia de Benito.

Fernando Rubén René (1922-1954) estudió hasta Octavo Año Básico y pudo haber continuado, pero la situación económica lo obligó a trabajar, desde 1938, como "oficial" en el taller mecánico de su padre. Allí aprendió todos los secretos del oficio, al mismo tiempo que desarrolló una amplia red de amigos en el barrio en que vivía, con los cuales, casi todas las tardes, se reunían en la esquina de la calle 4 Norte a conversar, hacer chistes, flirtear con las niñas que pasaban y hacer viajes rutinarios al "depósito de bebidas alcohólicas" que, media cuadra hacia el poniente, administraba "don Manuel". O a los que, media cuadra hacia el sur, administraba "doña Mariíta" en una acera, y "don Fermín" en la otra. O al que, una cuadra hacia el oriente, agenciaba el "chico" Manuel. Parco, serio, de pocas pero profundas palabras, Fernando ejercía un liderazgo natural sobre todos los que lo rodeaban, incluyendo a su hermano mayor, sus primos y cuñados. Era, sin duda, el líder carismático del grupo de 12 ó 15 obreros que se juntaban en la esquina (que se bautizaron a sí mismos con el nombre de "Taca-Taca")12. Generoso, solidario con sus hermanos y con los "atorrantes" que vagabundeaban por la Población, de cabeza firme para tomar toda clase de licores, era un hombre respetado y admirado por cuantos lo conocían. Sin lugar a dudas, era el ídolo de su hermano menor. Hizo el servicio militar en 1943; los oficiales le ofrecieron ascensos y lo invitaron a continuar la carrera de las armas como suboficial, pero él se negó, alegando que era solo un "pelao raso". Lo mismo ocurrió cuando, en 1945, entró a trabajar como obrero mecánico a la Compañía de Teléfonos: los jefes le ofrecieron ascenderlo a la categoría de "empleado", pero él se negó, diciendo que era solo un "obrero". Era evidente que, lo mismo que Benito y Aída, sentía en su interior la desproporción entre lo que "debía hacer" y sus capacidades innatas. Su liderazgo grupal no provenía del afán de compensar sus frustraciones, sino, simplemente, de su inteligencia natural, que aparecía en todo, sin esfuerzo alguno. Admiraba a los hombres superiores y, en

Benito describe a este grupo y a don Manuel en sus Versos. Ver Apéndice B, N° 2 y 6.

ese tiempo, a los alemanes del Tercer Reich. Fue amante del jazz, de las grandes *big bands* y de los mambos de Pérez Prado. La muerte de su madre, en 1950, le impactó profundamente. Esto, unido a frustraciones sentimentales, le indujeron a aumentar su consumo de alcohol –en sus últimos días bebía solo aguardiente– hasta caer enfermo. Murió el 21 de septiembre de 1954, a los 32 años de edad, víctima de una violenta cirrosis hepática, producto de su alcoholismo.

Juana, nacida en 1925, pudo completar la enseñanza primaria y cursar todas las humanidades en el Liceo Nº 4 de Niñas, de la calle Recoleta. Quería ser profesora, de modo que, luego de terminar sus estudios en el Liceo, pasó a la Escuela Normal de Talca, donde se tituló formalmente de profesora en 1948. Estudiosa, trabajadora y de gran facilidad de palabra, fue elegida para presidir al conjunto de sus compañeras normalistas. Alegre, sociable, de una firme voz de contralto y ágil para bailar, devino en el orgullo de todos los Salazar y en una profesora joven de promisorio futuro profesional. Fue asignada a una escuela pública de Viña del Mar, donde conoció a un profesor joven, inteligente y comunista, que pudo ser el gran amor de su vida. Sin embargo, por diversos factores fortuitos y no-fortuitos, el noviazgo fracasó, lo que le produjo una gran frustración. La muerte de Laura profundizó esa desazón y precipitó su casamiento con Raúl Reyes Ramos, dependiente de una librería de Viña, quien más tarde pasó a ser empleado del Servicio de Seguro Social de Casablanca; un joven sociable, alegre y simpático como ella, con quien esperó construir una familia igualmente alegre y dichosa. No fue, sin embargo, un matrimonio feliz. Los problemas que surgieron la hicieron concentrarse en su vida doméstica (tuvo, además, cuatro hijos) y, en cierto modo, descuidar su carrera profesional. En función de esa prioridad, Juana se trasladó a vivir con su marido a Casablanca, donde ella colaboró en la fundación del primer Liceo de la ciudad, mientras su esposo -militante de la Democracia Cristiana- devino Alcalde de la misma. El gobierno militar la hizo jubilar prematuramente en 1978. Las tensiones domésticas de su familia impidieron que todos sus hijos pudieran concluir estudios universitarios. La doble frustración vivida le ha impedido disfrutar plenamente de sus facultades y de la indudable calidad humana de todos sus hijos. Actualmente tiene -aquejada de alegrías momentáneas, tristes recuerdos y achaques varios-81 años de edad.

Laura Ester (1931-2004), lo mismo que Juana, pudo completar –aunque de modo no sistemático– sus estudios primarios y secundarios, recibiéndose como Profesora de Religión y de Educación Primaria en

la Universidad Católica en 1958. Seria, introvertida, pero dotada de una fertilísima imaginación y un sentido irónico del humor, ejerció siempre un tácito liderazgo en los grupos de amigas y colegas en que se movió, tanto en Santiago (en la Parroquia de Santo Tomás) como en Casablanca (en un colegio del Arzobispado de Valparaíso). Siendo muy admirada por los varones, no pudo, sin embargo, consolidar relaciones afectivas de largo plazo, acaso, por su sentido crítico, su repudio a lo inconsecuente y por los límites que le imponía la moral católica, a menudo encarnada en la celosa supervisión que sobre ella ejercía su padre. Trabajó siempre en la Escuela Rural de Lo Vásquez, establecimiento que ella misma refundó, organizó y dirigió. Vivió más de 30 años en casa de su hermana Juana, en Casablanca, de donde viajaba semanalmente a Santiago para visitar a su padre. Permaneció soltera. Fue, desde niña, camarada de juegos y cómplice de secretillos, invenciones y proyectos rebeldes de su hermano menor, camaradería que mantuvieron invariable hasta el final. Tras la muerte de Benito y Aída, Laura Ester tuvo que domiciliarse definitivamente en la casa de Los Ángeles y jubilarse como profesora. Desde 1989 vivió sola en la casa de sus padres -tenía, para entonces, 58 años-, convirtiéndose de ese modo en el nuevo "tronco" de lo que quedaba de la familia y, en especial, de su cuarta generación (los 24 nietos de Benito y Laura). No hay duda de que, también, la tristeza corroyó la fase final de su vida, pese a sus labores solidarias en el Hogar de Ancianos de la Iglesia del Buen Pastor, en la calle Vivaceta, Santiago, y a la constante amistad de sus hermanos y sobrinos. Murió el 25 de junio de 2004, a los 73 años de edad, sola, producto de un infarto cerebral. Con ella desapareció el último eslabón unificante, en la casa de Los Ángeles, de la familia fundada por Benito.

Gabriel, el menor de todos, nacido en 1936 –inicios de la crisis familiar—, también pudo realizar estudios superiores y alcanzar un título profesional, viéndose beneficiado por la relativa bonanza económica que la familia experimentó entre 1945 y 1955; en parte, debido al aporte de sus hermanos mayores. La compañera de su vida ha sido Arlette Adduard León, profesora de Historia y Orientadora Vocacional, con quien ha tenido cinco hijos. Como la mayoría de sus hermanos, Gabriel no fue católico observante (solo Juana y Elena en su madurez, y Ester en su juventud, lo han sido). Con todo, en función de su especialidad laboral –la investigación y docencia de la historia social de Chile— se interesó en recopilar los escritos de Benito, en transcribir las memorias que él dejó de sí mismo y su familia, y en promover la edición de las mismas

-las únicas escritas a mano por un "peón-gañán" nacido en el siglo XIX¹³— a efecto de que constituyan un homenaje permanente a su vida, a su incansable trabajo, a su honestidad, sus creencias y sus creaciones. Lo mismo que para todos los peones-gañanes que trabajaron a sol y sombra, en el campo y en la ciudad, por más de un siglo a lo largo y ancho del territorio chileno y americano.

Gabriel Salazar Vergara Editor Santiago, agosto 15 y 17 de 2007 (aniversarios de la muerte y nacimiento de Benito, respectivamente).

La transcripción de los manuscritos de Benito se realizó respetando escrupulosamente su contenido, su estructura general, su sintaxis y la evolución de su estilo. El texto solo se intervino para corregir la ortografía de las palabras y precisar un poco mejor la puntuación, a efecto de facilitar su lectura y comprensión. Debe considerarse que el autor no asistió jamás a una escuela, que fue autodidacta en la comprensión y manejo del lenguaje escrito y que sus lecturas se limitaron a El Diario Ilustrado (todos los días), a unos ocho libros de tipo religioso, a los Episodios Nacionales, de Liborio Brieba y Adiós al Séptimo de Línea, de Jorge Inostroza. En el texto relativo a Laura Vergara se eliminaron algunos párrafos por tratarse de expresiones de fervor religioso más bien que caracterizaciones de la vida y mundo de ella.